

DEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO

DIRECTORES: Rodolfo Mazzera — Pablo de Gracia — José María Degado

Septiembre de 1922.

N.º 51 — Año VII.

GLOSAS DEL MES

México

Ha sido como si por un momento el corazón de la tierra mexicana hubiera palpitado entre nuestras manos. Nos hablaron sus poetas, vimos desfilar a sus guerreros, su pabellón nos fué habitual, sus intérpretes líricos nos arrullaron con sus canciones populares; aun tenemos las manos dulcemente doloridas de aplaudir a sus músicos y en los ojos la impresión pintoresca y grata de sus vestidos típicos y de sus clásicos sombreros nacionales.

Si, fué una verdadera conquista de corazones la realizada por la Embajada que, presidida por el ilustre Vasconcellos, nos llegara del viejo solar azteca. Rompiendo los cánones diplomáticos, México nos mandó, no una representación oficial — casaca al pecho, espadín al cinto y vacuidad por todo—sino un pedazo vivo de sí mismo, aquel que nos diera la más auténtica idea de su espíritu y la más genuina sensación de sus atributos característicos.

Y nos ha demostrado ampliamente lo que por boca de su eminente embajador habíamos oído pocos días antes, cuando nos hablaba de que su patria no tenía nada que pedir, a no ser locomotoras y maquinarias, a ninguna otra. Centro de una de las civilizaciones más antiguas de la tierra, pocos pueblos, en verdad, pueden compararse al mexicano en naturaleza, en tradiciones, en vena lírica y en riqueza folklórica.

Su orquesta típica y las canciones populares que

oyéramos en la velada del Solís, nos hicieron temblar hasta la raíz del alma; hecho, por otra parte, bien comprensible, dada la unidad originaria y la semejanza que iguala como flores de un mismo árbol, sus canciones con las nuestras.

Salen, evidentemente, de la misma entraña, las estrofas y la música del "¡qué lejos estoy del sitio donde he nacido!"—cantado magistralmente por la Anita — y las del ay! ay! ay! y demás joyas de los cantos aborígenes del Sur de América.

Y, evidentemente también, son ésta clase de embajadas, más que las fastuosas y estiradas caravanas diplomáticas, las que nos acercarán y nos harán comprender y querernos. No hay elocuencia de palabra que venga a hablarnos de México, capaz de llegar a la hondura de una marimba tocada por las manos que la hacen vibrar en su propia tierra...

Y, para terminar, dos palabras sobre Vasconcellos, este robusto obrero del nuevo México, a quien PEGASO ya admiraba y cuya mano amiga tuvimos el honor de estrechar.

Lo suponíamos, a través de sus libros, un hombre-espíritu, inclinado a la contemplación y al rastreo solitario de las ideas. Su libro "Filosofías Indostánicas" nos parecía retratar un alma poseída por el amor a las altas especulaciones mentales y alejada de las actividades prácticas.

Su contacto nos lo ha cambiado. Ahora creemos en un hombre-acción, apostólico, constructivo y en el que las ideas — defendidas con calor fanático y con una convicción que parece no dejar resquicio alguno a la posible falibilidad — son verdaderas fuerzas motrices que lo empujan hacia la realización.

Y, naturalmente, no hemos sufrido desilusión ninguna con este cambio; porque a nosotros nos placen inmensamente estos pensadores que tienen las manos callosas de lidiar con la argamasa y que visten la blusa del artesano.

JOSÉ MARÍA DELGADO.

ESCRITOS (Año 1900)

AGUA BLANDA

*Mientras sueña, suspensa,
su mirada vaga.*

*Mientras piensa, la idea,
como una llama exhala
su pupila.*

*Mientras siente, fosforece
en su retina,
el ente verde.*

*Mientras se apresta, el Etna
(cálidas lavas blancas)
de su estesia épica
arranca.*

*Mientras obra, la boca,
imposible, rige
la loca aureola
de su gengibre.*

*Y mientras sueña, vaga,
suspensa, la mirada;*

*y mientras siente, verde
retina fosforece;*

*y mientras piensa, exhala
su pupila llamas;*

*y mientras se apresta, arranca
el Etna de su estesia;*

*y mientras obra, el gengibre
su loca aureola rige.*

AGUAFUERTE

Sobre el cobre mar salobre
 la movible onda inquieta.
 Como aleve, leve nieve,
 rueda, se quiebra, se espesa.
 Cruza el viento, lento, lento,
 con aromas de la estepa;
 cruza el viento, fácil, frágil,
 por la soledad desierta.
 Por el aire, con donaire,
 juegan, vuelan, aletean
 los amores de colores,
 de alas, de plumas, de antenas.
 Tras la riente y transparente
 onda blonda que se inquieta,
 el fondo hondo del mar
 muestra el coral y las perlas.
 Hay una tranquila fila
 de madréporas enhiestas,
 que son la guardia-vanguardia
 de las orillas esbeltas.
 Cruza el viento, lento, lento,
 con aromas de la estepa,
 sobre el cobre mar salobre
 que la onda blonda inquieta.

HISTORIA DE
 UNA VIDA LENTA

Había una vez un hombre que tenía la obsesión de la obsesión. Cavilaba horas enteras sin cavilar, prendido con los ojos a un objeto fijo o que se movía con un ritmo fijo.

Y no cambiaba la obsesión de su idea, sino que orientaba la misma idea en una órbita que recorría incan-

sablemente para notar algo nuevo sin cambiar de idea.

Y esa excitación maniaca de la órbita eterna era una alucinación sin delirio, o un delirio sin fiebre—obsesión de una vida anormal para los demás, pero normal en sí misma.

Y ese hombre murió como había vivido: pensando en la hora de su muerte sobre qué color probable era el de la muerte que aguardaba, desde hacía dos días, pensando en ella.

EL HOMBRE QUE NO ERA OBCECADO

Había una vez un hombre que sabía de todo, pero él creía que no sabía nada.

Sin embargo, creía en la probabilidad de que pudiera ser cierto lo más inverosímil. Por eso él, en sí mismo, no afirmaba ni negaba nada. Pero le parecía lo más natural que los demás lo hicieran.

Y las opiniones diversas tenían para él un valor igual. Cuando le pedían una opinión dos contrincantes obstinados, daba la razón a los dos.

Todos lo consideraban como un miope, pero él sabía bien que era un Argos.

EL HOMBRE DEL MONÓLOGO

Beduino, en peregrinación imaginaria, corro de la ceca a la meca sin ideales de fe—turista sempiterno—con la sonrisa impertinente del intelectual en la boca, y el sarcasmo del rebelado en los labios, y la curiosidad glotona del insatisfecho en los ojos, y la *nonchalance* despreocupada del no me importa finisecular en los movimientos apenas de las articulaciones fatigadas...

Yo tengo enorme orgullo, ¿y qué? Mi egoísmo es más grande todavía que mi orgullo. No me interesan los demás. No hay otros pronombres que yo, mí, mío.

No vale la pena ni de mostrar a los otros que soy egoísta: me basta con serlo. Toda discusión no es en el fondo sino el choque de dos modos egoístas diferentes de ver las cosas. Casi nunca discuto, porque sé que en ese choque no vencerá el otro egoísmo al mío ni yo al del otro. Sólo cuando algo de esto último vislumbro lo hago (por orgullo), cuando no lo hago (por fastidio o por pereza).

Yo, mí, mío...

Inercia, orgullo...

ANDRÉS PATENA.

Año 1900.

PAGINA ANTIGUA

En un lejano país y en tiempos ya remotos, vivía lánguidamente los últimos años de su existencia un altísimo varón, cuyo señorío pesaba sobre muchos vasallos y lugares; pesaba, en efecto: que su mano más tuvo de dura que de justa.

Larga había sido la lista de sus famosos hechos, pues fué temible guerrero y galán afortunado, al par que sesudo traficante e insigne hombre de letras; pero, ni cuando venció en las guerras fué clemente, ni en los amores leal, ni le importó un ardite vender lo ajeno con lo suyo, ni dió a las artes más valor que si fueran juegos del ingenio, buenos tan sólo para solaz de un instante.

Ocurrió que, ya en el límite extremo de la vida, pensara por primera vez en la proximidad del instante en el cual su alma emprendería el viaje larguísimo del que nunca se vuelve; y quiso el destino que a esta melancólica idea de renunciación, asociárase otra que tampoco lo había perturbado jamás: la de que sus bienes, sus honores y su nombre pasarían a poder de su único hijo.

¿Qué hará él de todo esto? pensó, y si la respuesta no vino, suya fué la culpa, porque, en verdad, el señor de tantos vasallos y lugares, poco o nada sabía de quien, con el tiempo, debiera sucederle. La infancia, como la mocedad del presunto heredero, deslizáronse lejos de su vista; cuidaban de él doctos maestros y prudentes mentores; pero, los placeres, los in-

tereses y las empresas guerreras impidieron siempre al altísimo varón ocuparse de su cuidado.

Alabado sea el Creador — pensó nuestro hombre— que a esta hora de la vida recuérdame mis deberes. Hizo venir a su presencia a todos los que intervenían en la enseñanza del joven, e informósese de sus conocimientos, virtudes y defectos: como aquéllos fuesen muchos y éstos escasos, trató de tranquilizarse a sí mismo con estas reflexiones: ¡Eualtecido sea Zeus, glorificada su sabiduría, bendita su bondad en todas las lenguas de la tierra! El, que todo lo sabe, conociendo mi perniciosa indiferencia, ha puesto sus ojos sobre mi heredero colmándolo de dones. Mi hijo es humilde, sabio, fuerte, justo y valeroso: debo, pues, holgarme de mi ventura y esperar tranquilamente el fin de mis días.

Pero, con asombro suyo, la dulce calma que añhelaba no venía al encuentro de su ancianidad: antes bien, sentíase desasosegado e inquieto, como si todo lo oído antes a los maestros no bastara a aquietar la zozobra de su espíritu.

¡Qué es lo que me perturba?—preguntábase.—¿No es él apto para sucederme? ¿No están en paz mis vasallos? ¿No rebosan mis arcas de tesoros y mis graneros de trigo?

Y por más que contestábase afirmativamente, aún quedábale un amargor molesto, una desazón cuya causa tardaba en encontrar. Sus meditaciones duraron largo espacio, y, al fin, tras un prolijo análisis, sintióse apenado como jamás lo estuviera, porque sus investigaciones lo llevaban a este desconsolador razonamiento: Mi hijo heredará mi nombre glorioso y temido, honores, fortuna, dominios innumerables... pero, al legarle todo esto, ¡le daré al mismo tiempo la felicidad!

Y la duda lo atormentó mucho tiempo, porque, re-

pasando la historia de su vida, encontró que ella fué una cadena interminable de afanes y de luchas. He ganado batallas — seguía pensando — he saboreado el placer del amor, he gustado las delicias del éxito, he amontonado riquezas... y todo, ¿para qué? ¿qué hay en mí de diferente al más pobre e ignorante de los vasallos? ¿para qué me sirven los lauros, la fortuna, los honores? He corrido siempre, un día y otro, tras de un fantasma que se llama felicidad. Y bien: ¿lo he alcanzado alguna vez?

Vióse forzado el altísimo varón a contestarse que no. En verdad, por mucho que esforzase la memoria, no recordaba haber sido feliz del todo, ni una sola ocasión: ni después de victorias estruendosas, ni después de placeres exquisitamente deliciosos, ni después de ganancias colosales, ni siquiera tras de sus triunfos en el difícil arte de cantar a los dioses en sonoros versos combinados sabiamente.

Miró en derredor; su vista extasióse en la blancura de lejanos caseríos, donde un pueblo sumiso trabajaba para él; vió perderse en el horizonte la línea verdeguante de sus campos; recordó con orgullo la magnificencia de sus palacios, y pensando que toda esa riqueza no le daría a su hijo la única cosa por la cual es amable la existencia, cayó en una melancolía profunda, de la cual arrancóse al fin con una idea fija en la mente: la de confiar a su hijo toda esa amarga experiencia adquirida en luengos años de fatigosa vida. Hizo que lo condujeran ante sí, y cuando el joven hubo comparecido, recreóse un instante contemplándolo.

Era; en afecto, maravillosamente bello, ágil, esbelto, de mirada apacible y facciones delicadas, pero en cuyos miembros robustos adivinábase la fortaleza viril de una vitalidad desbordante.

—Me has llamado, padre mío—dijo—heme aquí.

—Sí, te he llamado—empezó a decir el altísimo va-

rón—para desahogar mi espíritu de las zozobras que lo atormentan: Has de saber, hijo mío, que siento gravitar el peso de los años sobre mi gastado organismo, y la idea de la muerte me obsesiona.

—Aleje Zeus de ti ese pensamiento—repúsole el joven.—Bien se advierte la salud de tu cuerpo en la energía de tus obras, ¡oh mi padre!

—Te equivocas — contestó el señor de tantos vasallos.—Adivino a la muerte en el soplo frío que encamina mis pensamientos a la idea del descanso. Largo ha sido el espacio de tiempo que mis ojos contemplaron la luz, y es hora ya de que me resigne a penetrar en el seno de las sombras: pero antes quiero darte una prueba de mi cariño legándote un tesoro, comparado con el cual nada valen la riqueza ni el poder: este tesoro inapreciable, es la experiencia. Hijo mío: a tu edad todo es fácil, todo es alegre, todo es brillante. Verás, en un fatal espejismo, cómo los placeres te brindan su copa rebotante de néctar; oírás voces dulcísimas llamándote al goce de glorias imperecederas; te sentirás atraído por perfumes embriagadores que llevarán tus sentidos a regiones desconocidas; notarás el despertar de ambiciones avasalladoras que, conduciéndote tras ellas, te prometerán quiméricas conquistas... Y bien, hijo mío: todo es mentira, todo es falso, todo es fantástico; al final de cada ensayo sólo hallarás el principio de un nuevo avatar que te conducirá a otro, y siempre así, siempre, siempre... Yo he recorrido todos los senderos, atravesado todos los torrentes y navegado todos los mares, por eso puedo decirte que en ninguna parte hallarás lo que busques, eso que he buscado yo también, eso que anhelan todos los hombres, la felicidad. Vive la vida, puesto que es preciso, pero sin afares, sin sacrificios, sin esperanzas de hallar esa flor milagrosa que no florece en parte alguna. Corta las

alas a la fantasía, niega tu atención al canto de las sirenas, cierra los ojos a los espejismos que quieran arrancarte de tu torre de marfil, y así, invulnerable dentro de ti mismo, déjate mecer por todas las corrientes sin bogar jamás, ya que jamás llegarás a la ribera.

Calló el altísimo varón y el joven permaneció en silencio. Había fijado los ojos en el suelo, y aunque su semblante animábase con el fuego interior, permanecía respetuosamente mudo; sin poderse adivinar cuáles serían sus ideas.

—Ahora, hijo — continuó diciendo el anciano varón — ahora ya sabes la verdad inmutable que rige la marcha de las cosas. Y bien, ¿qué piensas hacer?

Alzó el efebo su mirada y la tendió al azul: después contempló los verdes prados, la albura de los lejanos caseríos, la limpidez de las aguas que corrían serpenteando, y volviendo al fin los ojos a su padre, contestóle así:

—¡Oh, padre mío, grande es tu elocuencia, inmensa tu sabiduría, omnipotente tu poder sobre mí...! Si quieres que viva así, ordena a los esclavos que me carguen de cadenas, que me encierren en el más seguro de los silos, que cieguen mis ojos a la luz... así podré obedecerte..., pero, si dejas en libertad mi vida, sabe, señor, que ella seguirá hasta el fin remontando la corriente de las pasiones... de las pasiones que nacen al impulso creador de Zeus. Siento el espíritu pletórico de sensaciones, la sangre bullente de vida que despierta, la mente plena de imágenes que se animan apenas mi voluntad les deja suelta la rienda... y mi existencia será, como fué la tuya, un continuo luchar en pos del Ideal que escapa siempre, y siempre se muestra a nuestro alcance... Di a los vientos que permanezcan inmóviles, a las aves que no canten, a los astros que no brillen.

Si ellos te obedecen, entonces, padre mío, creeré que Zeus te ha dado su sobrehumano poder y ataré mi vida al poste de la insensibilidad; pero eso no puede acontecer, porque los vientos seguirán volando su eterna fuga sobre el mundo, las aves cantarán mientras haya aliento en sus cuerpos, las flores embalsamarán el ambiente con su fragancia y los astros mostrarán siempre, desde arriba, el esmalte de su luz... y mi vida será soplo, canto, lumbre y perfume, y consumiéndose en la hoguera de la esperanza subiré a lo alto en raras de la ilusión.

El efebo selló sus labios e inclinó la frente. El anciano varón silenciaba también, pero en torno de ellos el viento modulaba su altísimo grito de victoria y se oían trinos agudos que salían del bosque donde las flores se embriagaban en una orgía de perfumes, y sobre todo lo creado, el sol reía gozoso proclamando el reinado de la vida.

MÁXIMO SÁENZ.

SOMOS TAN SOLO UN ECO...

(Del libro inédito "Aroma de Humildad").

*No, amigos: A pesar del impulso violento
de nuestras ambiciones, somos sólo una cosa
humilde en el gran Todo que, con maravillosa
luz, detiene las ágiles alas del pensamiento.*

*Es inútil gemir con dolorido acento;
siempre ha de estar la Esfinge serena y silenciosa.
No, amigos: a despecho de nuestra alma orgullosa,
somos un débil grito que se pierde en el viento...*

*Hermanos de la hierba que nuestro pie asesina,
cumplimos sin saberlo la voluntad divina,
sin que quede el recuerdo de nuestra breve estancia...*

*A pesar de los dulces y los altivos sueños,
de la loca inquietud, de los magnos empeños:
somos tan sólo un eco de la gran resonancia.*

MANUEL BENAVENTE.

Paysandú.

Fué nuestro huésped el profesor Levy-Bruhl. Tu-
vimos el propósito de hacer un estudio especial de la
obra de ese eminente pensador francés. Razones de
tiempo han impedido que lo realizáramos; pero como
medio de expresar lo que representa la obra del pro-
fesor Levy-Bruhl en el pensamiento contemporáneo,
publicamos el discurso que el profesor de Filosofía
de nuestra Universidad, don Antonio M. Grompone,
pronunció al presentar al autor de "La morale et la
science des moeurs", en la conferencia dada por
éste el día 17 de octubre en el Salón de Actos Públi-
cos de la Universidad.

He aquí ese discurso:

Señor Profesor Levy-Bruhl. Señoras. Señores:

Es con verdadera satisfacción que voy a iniciar es-
te acto, presentando por especial encargo del Conse-
jo de E. S. y Preparatoria a la ilustre personalidad
que va a ocupar esta tribuna dentro de breves instan-
tes. Y es que en el caso, existe la estimación debida
al creador de una obra valiosa en Moral y en Socio-
logía, y al representante de una corriente de pensa-
miento que cobra, interés extraordinario en este mo-
mento espiritual.

Se ha llamado al siglo, XIX, el siglo de las restau-
raciones, y nosotros tendremos que llamar al nues-
tro, el de la crisis; porque tal es el estado que surge

de las corrientes antagónicas que no han logrado aún fusionarse.

Perdida la fe en los principios que hasta hace poco regían la acción humana, el problema angustioso de la hora es encontrar una orientación que dé a la ciencia la idea directriz para los hombres y los pueblos.

Tenemos que atribuir un valor a nuestros conocimientos y hallar un ideal que permita organizar la vida individual y social, contemplando las nuevas exigencias.

La reacción contra los sistemas de moral, racionales y normativos, se produjo en el sentido de negar la posibilidad de una ética independiente de las otras ciencias, criterio que tan en boga estuvo y está en ciertos círculos sugestionados por la apariencia sistemática; pero será la gloria mayor de Levy-Brull, la de haber contribuido a crear otra solución más en armonía con las esperanzas renovadoras, y que no estuviera inspirada por una enfermiza obsesión de la lucha.

Por eso es que el criterio predominante en toda su obra, representa una de las soluciones más eficaces para impedir el derrumbe de la moral y de la sociología: construirlas como ciencias, con el mismo derecho a la vida que las ciencias naturales, es buscar los fenómenos sociales, a estudiarse, en sí mismos; es, en fin, un ideal en momentos en que lo pseudocientífico, según la expresión de Rauch, avasalla y entusiasma, mostrar que en esos dominios cabe también la observación seria y el análisis científico. He ahí la razón que tengo para estudiar con particular interés, y a pesar de reservas personales, una corriente que habrá contribuido a ampliar, sin duda alguna, el conocimiento humano, impidiendo desaparezca el esfuerzo orientado en el sentido de las ciencias sociales, aunque no se sabe que quedará de ella en el porvenir.

Todos los años, al exponer en mi clase de moral,

las corrientes del pensamiento actual, me detengo especialmente en esa tendencia que nace de una intuición genial de Comte y tiene su manifestación concreta en un grupo de trabajadores escrupulosos, cuyos jefes espirituales fueron nuestro visitante, que continúa siéndolo, y aquel otro clarísimo espíritu cuya pérdida conmoviera, ha poco, a todos los círculos intelectuales: Durkheim. Y, fatalmente, el mismo comentario se impone: aunque resulte equivocada la orientación, habrá permitido, por lo menos, que se renueven métodos de estudio, haciendo posible que, entre otras, las creaciones morales no surjan sólo de un arbitrario concepto individual, sino que exijan la colaboración y el esfuerzo de muchos hombres, cuya obra no se excluye, sino que se complementa, acumulando el material que dará nacimiento a las soluciones necesarias.

Mr. Levy-Bruhl dirá, dentro de un momento, en qué consisten, en parte, sus ideas sobre la moral y la sociología, como ciencias, y el método que debe emplearse en su estudio. Por mi parte, quería hacer resaltar esa figura de hombre de ciencia, que en la cátedra, en el libro o en esa admirable "Revue Philosophique", afirma un concepto constructivo en las ciencias sociales.

Y es ese método que ha puesto él mismo en el estudio de hechos concretos, el de la mentalidad primitiva, por ejemplo, y cuyas afirmaciones no resultan de un improvisado criterio de las cosas, el que presta una extraordinaria influencia a la figura de Levy-Bruhl; y lo exterioriza como un ejemplo de trabajador silencioso y honesto, al mismo tiempo que como pensador creador y firme. Se sabe, en efecto, que cada afirmación suya ha necesitado el análisis minucioso de una vasta documentación de hechos, y que su pensamiento, claro, sencillo, viviente, que parecería

obra de una fácil concepción imaginativa, representa en realidad, una laboriosa investigación que no trasciende, como no trascienden las numerosas experiencias de laboratorio en el descubrimiento del hombre de ciencia.

Y mientras se habla de crisis de las corrientes morales y de falta de ideales, surge así como una gran esperanza, esta valiosa actividad constructiva que para paralizar toda improvisación pedantesca, o toda creación arbitraria, se inclina primero ante las realidades que nos deben mostrar el secreto de las transformaciones sociales, para que esas mismas realidades puedan darnos luego la inspiración necesaria para seguir el buen camino. Y es así, como esa doble influencia del hombre y de la idea ha despertado una intensa admiración en los círculos de la Sorbona.

Colocados nosotros en las puertas que nos ponen en comunicación con el viejo continente, llegan sus figuras relevantes, con la aureola de prestigio superior no mancillada por ninguna de esas pequeñas apreciaciones que surgen del criterio egoísta de todos los ambientes. La venida de muchas de esas figuras de primera fila ha sido seguida por un poco de desencanto, porque hemos visto diluida su gloria al aproximarnos al ídolo. Porque sé el respeto que inspira a los que lo tratan de cerca, y porque su figura de maestro no desmerece a la de autor, tengo la seguridad que la simpatía aumentará el interés de las ideas de Levy-Bruhl, ideas que tienen la claridad luminosa de toda la filosofía francesa, tan extraordinariamente unida a lo real a quien domina, y tan elevada en espíritu a quien dignifica.

DE "LOS PEQUEÑOS POEMAS"

EL OMBÚ

*Estaba el ombú solo
Como un fantasma enorme
En medio del desierto...
Estaba el ombú solo,
Muy solo en el desierto...
Ah! no; también su sombra
Como un gigante espectro
de erizadas melenas
Lo acompañaba al menos!...
De noche vi el ombú,
Y estaba también solo,
Más solo que de día,
Porque sin sombra estaba.
La Luna aquella noche
Todavía dormía...
Qué haces solo?—le dije.
Oh! nunca yo estoy solo,
Me respondió cantando
El salmo más piadoso
Que escuché yo en el mundo.
Cuando no está mi sombra
Para mi compañía,
Está el viento que llora
Cuando crujen mis ramas;
Porque nunca están solos
Los hombres y las cosas
Que tienen alma!*

ORATORIO ABANDONADO

*Oh! dulce Alba blanca,
Blanca como las manos de mi novia,
Como las rosas blancas
Que entre los lirios crecen
Del jardín de mi amada!
Oh! Alba que despiertas
Con los jazmines de tus besos mi alma...
Dime: ¿por qué hoy no asomas
Como otros días tu belleza clara,
Hecha de lirios y de frescas rosas?...
Por qué estás triste y tu belleza envuelves
Entre las nubes grises
De esta fría mañana?...
Ayer alegre el campo
Con tu esplendor llenabas.
El cielo en su pureza
De amor todo cubría,
Vistiendo de blancura,
De azul y rosa el valle y las montañas...
Pero hoy no estás alegre;
Tu rostro no es el mismo
Que ayer tras las colinas asomabas.
Las nubes no han querido
Que te mostrases blanca;
Te encerraron impías
En las grises murallas
De las hondas cavernas
En que duermen el rayo y la tormenta.
Por eso esta mañana
El gallo no ha cantado,
Y mi corral agreste
Parece un oratorio abandonado!*

MANUEL NÚÑEZ REGUERO.

Rosario de Santa Fe.

CENTENARIO DEL BRASIL

Aunque posiblemente el cambio no afecte a las cancillerías, nos creemos en el caso de establecer que nuestro Glosa del Mes correspondía virtualmente al suceso histórico del título. Pero no faltaron razones emocionales que movieran a trocar el saludo de práctica, restándole actitud protocolar, y zahumándolo de la efusión con que al Brasil se distingue en esta casa.

En la oportunidad, hay una indeliberada concreción de los sentimientos que ese país inspira habitualmente. Ya no es el espectáculo de su expansión económica, ni el perfeccionamiento de sus instituciones políticas, ni la actividad sustantiva de sus hombres de ciencia y de sus artistas. Es todo ello, ciertamente, más percibido en nuestra inteligencia y en nuestros sentimientos con el signo del ciclo histórico recorrido y entonces nuestra admiración se dilata, porque el esfuerzo ha sido de calidad superior; nuestro afecto se acrece, al ver tan en su punto la obra que engendrara nuestra simpatía.



Tal vez más que en cualquier otro país del continente, el hacedor de mundos colocó atributos negativos junto a las virtudes distribuidas en la inmensa república. El clima soberbio, pero hasta soporoso y enfermizo; las comarcas ubérrimas, pero conteniendo dificultades multiplicadas a cada variación topográ-

fica; los ríos inmensos, perdiéndose en regiones yer-
mas, a fuerza de ser tan ricas; la población descen-
diente de los colonizadores más atrevidos del orbe
(podiera decirse de los soñadores más grandes), pe-
ro un tanto mixturada.

De todo eso, ahora aplaudimos lo que ha resultado.
Población, cuyas clases cultas son positivamente elo-
giosas, con actividades científicas y artísticas bien ori-
ginales y admirables; cuyas clases restantes dan un co-
ciente de aprovechamiento intelectual no despreciable.
Organización económica, concorde a la potencia de
sus riquezas, y penetrada de sus altas responsabili-
dades, habiendo llegado a la explotación de su hierro
y de su carbón, únicas bases de la libertad de las na-
ciones. Salud en su democracia, que le consiente go-
bernarse con los mejores.

En resumen: un espectáculo deslumbrante en la vi-
da interna de la nación; en la externa, ya se ha visto
que vive con la mano abierta y extendida.

• •

Cuando se visita la bella Quinta de Boa Vista, an-
tes residencia imperial, ahora destinada a Museo de
Historia Natural, hay, o había hace algunos años,
cierto detalle al que nosotros diéramos alto signifi-
cado.

Se conserva en mucho el boato del antiguo señor de
la casa; y si bien hay salas donde zancudas y félicos
se multiplican en los soberbios espejos, que a la ima-
ginación más descansada le evocan ceremonias fas-
tuosas, hay otros salones donde el prestigio de ro-
jos terciopelos y la ubicación de objetos íntimos ha-
cen presumir que aún subsiste la antigua vida. (Tal
aquel salón donde un tablero de ajedrez, de marfiles
envidiables, parecía estar en un alto del juego).

Más lo significativo es, o era, la estancia destinada

a biblioteca de aquel señor magnífico, el último emperador; y junto, apartada sí, de la tentadora e inefable belleza del paisaje que enmarcan las ventanas de la biblioteca, está la antigua capilla, donde seguramente aquel hombre de ilustre memoria buscaba el apoyo espiritual que había menester la realización de las grandezas que aprendía en los libros vecinos.

La antigua capilla fué transformada en laboratorio químico; ahora nada existe de los artefactos del culto religioso, hay matraces, fiolas y reactivos, toda suerte de esos artilugios que determinan actividades exactas de la humanidad. Es inevitable evocar el alto espíritu del Emperador, hombre de buenas intenciones, hombre de letras y de ciencia, vagando taciturno, peinando con la mano afilada sus barbas señoriles, de la biblioteca a la capilla.

Y el espíritu del Brasil actual parece estar simbolizado en la disyuntiva; pero, y tal vez fué el momento del cambio político, las grandes cosas aprendidas en la biblioteca ya no han menester solicitar potencia alguna para hacerse prácticas.

Por eso alejaron los dioses de la capilla.

Ahora la potencia ya está en la raza.

EL POEMA DE LAS CALLES TRIUNFALES

*Porqué eres zigzagueante
los hombres sutiles
del mediodía
te bautizaron, ¡oh calle alegre!,
con el nombre paradisiaco de Serpes.
Habrá calles espléndidas,
con edificaciones marmóreas;
pero más pintoresca,
ninguna.*

*Te amo hasta en la noche
de los sábados,
en que los hombres embriagados
de vinos rojos
discurren funambulescamente
escupiéndote las puntas de sus cigarros;
y en los domingos tumultuosos
cuando la soldadesca
te hace intransitable
y apareces ante mis ojos
como una ciudadela,
o como una de esas oscuras calles
donde las meretrices
venden sus caricias envueltas
en nubes de alhucema.*

Y los vendedores de diarios
 te asaetean con sus mil voces
 como si fueses un mercado
 donde se amontonasen los frutos
 o como si fueses un zoco
 donde se vendiesen esclavas.
 Y en esas altas horas de la noche
 en que los hombres viciosos
 salen maldicientes
 de las casas de juegos,
 con los pies transidos de frío
 y las cabezas congestionadas.
 Tú, ¡oh calle prodigiosa!,
 los disuades sonriente
 como una alegre cortesana
 haciéndoles que ahuyenten
 la idea del suicidio.

Tu belleza, ¡oh gran calle!,
 es inmutable, como la de esas esculturas
 que sustentan los pedestales
 de las glorietas irradiadas de sol
 de los jardines en fiestas.

... Pero una noche
 he sentido tu voz inefable:

—Y tú, poeta, ¿nunca me dirás nada?
 ¿Aguardas, quizá, que deje de existir
 como los hombres célebres
 para hacerme el epitafio?
 Verdaderamente, ¡oh calle de la infancional,
 he debido cantarte
 como una alondra lírica
 o como un ruisenior sonoro
 por el recuerdo de la niñez
 porque infantilmente
 —con mi larga cola de nazareno
 he barrido, como una novia

que va a desposarse, tu suelo
 en los días de *Semana Santa*—
 cuando el olor de los "pedacitos"
 que se doran en los peroles
 ponen sus collares invisibles
 en las gargantas de los penitentes
 y se siente una carraspera
 como la que deben sentir
 los condenados a muerte;
 y las imágenes tiemblan en los pasos
 a los sonos de las claras trompetas,
 en una apoteosis deslumbrante.

¡Oh calle que me has visto tornar
 colmado de juguetes de las ferias!
 ¡Quién pudiera retener esos instantes
 para ser siempre dichoso,
 para ser siempre inocente,
 como el día en que se me volara
 un globo azul en el espacio!

¡Pero tú serás siempre, oh calle sabia,
 como la serpiente tentadora
 ofreciéndonos mujeres voluptuosas
 y sonrosadas como manzanas del Norte!

ISAAC DEL VANDO-VILLAR.

LAS CARABELAS

(De "Las Naos" en preparación)

Las naos promisoras de la gloria y poderío del solar castellano son las carabelas. Son esas naos un símbolo de la raza. De la raza que en un arranque heroico forjó el suelo patrio en el incesante golpear de sus mazas y espadaones contra los muros de la morisima defensora de su último baluarte.

Son un símbolo esas carabelas. Carabelas improvisadas en las que el valor de los hombres ha de suplir la carencia de lo más indispensable. Como en España. Allí la soldadura de los pequeños reinos, va originando la nación conquistadora. La férrea voluntad de sus monarcas señala con la fundación de Santa Fe, el propósito inquebrantable de abatir las almenas de Granada.

El amalgamiento del heroísmo y la locura de los tripulantes de las endebles carabelas, unifica el esfuerzo, y en el recio ademán del Almirante se vislumbra, como una prolongación de la estela que en los mares va quedando, la nueva ruta que lleva hacia las tierras que España quiere para ser pródiga con ellas.

La vieja carraca "La Gallega" sirve de nao capitana. Oculta la pobreza primitiva con el cristiano nombre de "Santa María" y con los castillos de proa y popa y con sus complicados mástiles, en los que orgullosas velas latinas se inflan para impulsar el barco hacia el fabuloso mar descubridor. Va rumbo al mis-

terio; al misterio que encierra ese mar desconocido, que ha de devorarlo, o que dominado, tendrá que presentarle, en prenda de rendido vasallaje, el tesoro que encierra un doble continente.

A su zaga, navegan "La Pinta" y "La Niña".

La marcha hacia el Occidente, temible y desconocido, es propiciada por los mismos elementos. Dice el Almirante "...el viento, tornó a ventar muy amoroso, y llevaba todas mis velas de la nao maestra, y dos lonetas y trinquete, y cebadera, y mesana, y vela de gavia."

Y así, con una pobreza que no hubiese desdeñado Francisco de Asís, se iba trazando la vía más luminosa de los tiempos. Y con un valor, digno de la hazañosa vida de Rodrigo de Vivar, la enseña de Castilla tomó para la civilización la virgen india.

Grande Almirante: eres tres veces grande!

Una, por ser gallego, de las tierras que vieron la epopeya de Pelayo.

Otra, por ser el visionario que mostró las nuevas rutas.

Y la tercera, la mayor de todas, por haber traído hasta esta América las naos promisoras, símbolo de la raza, de la raza que prodigó su sangre, su fe y sus ideales en el germen fecundo de nuestra raza hispano-americana!

ARTURO CARBONELL DEBALI.

PINTORES ESPAÑOLES

IMELDO CORRAL

Por las ventanas de nuestra inquietud se nos entra el paisaje... Y sentimos vibrar en nuestra corteza, la emoción de aquel verso:

*"algo que es tierra
en nuestra carne, sufre
la humedad del jardín."*

Y hemos pensado mal del arquero Rubén, que salpicaba el espacio lírico, con flechas de envidia hacia las piedras y los árboles...

*"Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,
Y más la piedra dura, porque ésa ya no siente."*

Estas piedras y estos árboles de Imeldo Corral, viendo desfilar nuestra grotesca envoltura, tal vez piensen:

*"Dichoso el hombre que deshace en gritos, su dolor
[y su risa]"...*

El árbol, la piedra, casi siempre, lloran silenciosamente. A lo sumo, un resbalar de sol sobre el lomo endurecido, o un suspirar cansado brota de las bocas verdes de las hojas...

Ni aún en los días de tormenta, los árboles chillan: apenas saben cantar dulcemente, acompañando con sus voces de primera comunión, al organista Maese Viento...

Imeldo Corral va limpiando cada día más el cristal de su arte. Y ya es un cristal sólido, que no teme a los fantásticos honderos de la crítica.



"Firmeza y luz, como el cristal de roca", que diría la sonrisa buena y gordiflona del hermano Acosta, recordando al revolucionario de "Lascas".

Nazariantz^o nos ofrece esta sortija, para que podamos engarzar más fácilmente en ella, nuestro pensamiento sobre Imeldo:

*"Avida fué su vida en los caminos...
Loco de estrellas y de azul."*

Y frente a sus roquedos, nos hemos acordado de Pascoaes:

*"Hay roquedos que son estatuas misteriosas,
los vemos, allá lejos, en sierras arenosas...
Los hay que por la tarde, dan sombra que es terna;
los hay que por la luna se ponen a rezar."*

La obra de este artista se enciende en una plegaria musical. En muchas de sus telas hay vibración: en esa lágrima pensativa del pino roto; en esa falda ampulosa del jugoso castaño...; en esa tarde, que como la de Herrera y Reissig, ya empieza a vestir sus tocas de vinda...

Vibración, en las torres del mar; vibración en la piel gris de las rocas y en las naves de plata de las nubes...

Y hemos diluido toda nuestra sombra, en ese campo que salmodia una fragante sinfonía de lentejuelas cálidas...

JULIO J. CASAL.

DON PIETRO

*Le comenzó la tierra a temblar y a ablandarse;
Mas ya tenía el viejo tanta experiencia hecha
Que cuando vino el vértigo lo halló a un peral prendido,
Los ojos ¡ bien cerrados, la testa bien derecha.*

*Pero esta vez zumbábale como nunca su cráneo
Y entre las venas íbale corriendo un raro hielo,
Por lo que, poco a poco, siempre agarrado al árbol,
Plegóse hasta que pudo sentarse sobre el suelo.*

*Don Pietro comprendió... La lengua estaba rígida,
Los brazos le colgaban indóciles y flojos,
Mas pudo abrir los párpados, y el resto de su vida
Desesperadamente subióse a los ojos.*

*Así, como absorbiéndolo, contempló su paisaje,
Sus árboles, sus viñas y, más allá, la casa
Que el hizo piedra a piedra... ¡cuándo?... vaya a sa-
[berlo,
Cuando era todo aquello tierra desierta y rasa.*

*El humo de la cena se deshilaba encima,
¡Cuán en balde!... A esa hora surgirá la sorpresa,
Prenderán los faroles, hurgarán todo el campo,
¡Después quién tendrá ganas de sentarse a la mesa!...*

*Y, de pronto, otro vértigo concluyó de tumbarlo
 Cara arriba, entre el pasto; y, en círculos frenéticos,
 Árboles, casa, viñas, giraron largo tiempo
 Silbando, alrededor de sus ojos patéticos.*

*Y luego paz y niebla... ¿Quién cantaba en la niebla?
 Era una voz paisana, sonaba muy distante.
 ¡Y qué canción tan vieja!... la cantaba su madre
 Y quién más?... él, ahora, sobre el barco emigrante.*

*Bostezó. "Está lindo el peral"... y, muy nítido,
 El peral se hizo hombre, se le arrimó hasta un metro.
 Y tan familiarmente como un vecino antiguo
 Lo saludó sonriendo: buenas noches, Don Pietro.*

*¿Ya de noche?... sin duda, y una noche bien fría.
 Mal le vendrá a las viñas este helar rezagado;
 Mas ¿en qué pensaría la loca de su nieta
 Que hoy le ha tendido el lecho sin ponerle acolchado?*

*Se habrá roto y lo zurce. ¿No lo ha dicho? allí viene.
 Le extiende, acariciándolo, el cobertor de lana.
 Ya no siente más frío, pero el sueño es tan hondo...
 Que apenas le permite decirle: hasta mañana.*

JOSÉ MARÍA DELGADO.

“RAIZ SALVAJE”, de Juana de Ibarbourou

El Uruguay cuenta con cuatro poetisas de preclara alcurnia intelectual: Delmira Agustini, viva en la inmortalidad de su obra que truncó la tragedia de su muerte; María Eugenia Vaz Ferreira, agotada o fatigada por su enorme carga de indiferencia escéptica; Luisa Luisi, de reposada tendencia indagadora que la lleva a la deriva de la isla desolada de la crítica; y Juana de Ibarbourou, en pleno vigor mental, con su jardín desbordante de flores líricas.

Juana de Ibarbourou es todavía la inquieta muchacha, con alma franciscana y pantefista, que llama “hermano” al álamo, “novia” a la luna, “amigo” al pájaro, “confidente” a la estrella, y experimenta ingenuos estupores o miedos infantiles ante las ciudades tentaculares. Ella salió del campo, de un “pueblo distante y tranquilo”, orillado de naranjales:

*“Que en Agosto semeja de oro
Y en Diciembre de azahares blanquea”.*

Nostálgica, evoca sus días, pasados respirando ese perfume nupcial, mientras abiertas las ventanas de su alma, pasaba la brisa llena de soledad:

“Me crié respirando ese aroma...”

*Después, lejos llevóme la vida.
Me he tornado tristonra y pausada.”*

No es extraño, pues, que reaccionando contra la absorción de la ciudad cosmopolita y ebria de languidez criolla, que pone turbiedad en los ojos y calor en los labios, grité ahora con el afán primitivo de renovar sus muertas horas de soñados deslumbramientos:

*“¡Si estoy harta de esta vida civilizada!
¡Si tengo ansias sin nombre de ser libre y feliz!”*

Es que sigue siendo “la misma muchacha salvaje”, que añora el sabor de las pitangas en los labios

tremantes. Por esto clama, afebrada y convencida, como reafirmando su anhelo insatisfecho:

*"¡Si aunque florezca en rosas nadie podrá cambiarme
La salvaje raíz!"*

De este modo, su reciente libro "Raíz salvaje", trae aroma de selva nativa, rumor de río elástico y amor a todo lo que en la naturaleza puede tener un alma y por ella sufrir.

Ya se extasia ante la laguna en que:

*"El agua es un ser vivo
Que me contempla y calla";*

como se conduce del pozo a cuyo fondo baja en las noches profundas el beso de un estrella solitaria; o llama:

"Fila de muchachos buenos!"

a la hilera de álamos que sale a recibirla por el campo; o tiene para la higuera gris y retorcida como de dolor, la más tierna caricia de su palabra.

Es que Juana de Ibarbourou ama a la naturaleza y la humaniza, vinculándose a todas sus cosas, a las que dota de una hiperestésica sensibilidad, para adorarlas con pasión áspera y con una casi morbosa delectación de procedencia romántica.

Este nuevo libro constituye una especie de liberación plausible; y, desde luego, esperada por la dualidad erótica y panteísta de su obra anterior.

Cierto que persiste en la tendencia dual que caracteriza y define a "Las lenguas de diamante"; pero, por sobre esta persistencia — último tributo a la aurora inicial — insinúa su firme amor panteísta, echando a segundo plano la influencia tiránica que, sobre las poetisas que cantan al amor en el Río de la Plata y aún en América, ha ejercido la poesía cálida y precursora de Delmira Agustini, verdadera Condessa de Noailles en la poesía hispano-americana, según la predicción cumplida de Rafael Barret.

Grato es ver cómo Juana de Ibarbourou, que hace poesía sin artificios, ni técnicas complicadas, continúa la marcha por un sendero propio, que conduce hacia más amplios paisajes. La poesía erótica es unilateral y propende a lo enfermizo, por un proceso largo de explicar aquí. Quien le consagre por entero su vida, unilateraliza su obra y la condena a seguir los viejos caminos por donde pasaron ya, en caravana prestigiosa, los árabes y los hindúes. Emanciparse, pues, es dilatar las perspectivas y hacer obra con temas autóctonos que, por estar intactos, ofrecen para el público americano la tentación de las cosas no dichas todavía, que aguardan la perpetuación del verso en que el ritmo les da la música precisa y el tema desborda en grata emoción.

Quizás a Juana de Ibarbourou le falte cultura amplia, y de aquí que su verso tenga, en ciertos momentos, la aspereza auténtica de lo espontáneo. No es esto un defecto; es admirable condición que refleja su carácter de poetisa intuitiva, en cuya labor se muestra la libre pureza de una total sinceridad. El día en que la copiosa lectura le presente la tentación de los temas arbitrarios, no dejará de ondear alto su gallardete; mas su poesía perderá ese sabor agrio a cosa nuestra, a "cosa de América", que conviene mantener para destacarse prominentemente.

Véase ahora cómo, en soneto magnífico, ha sabido decir el pensamiento de la hembra primitiva:

LA PESCA

*La espuma me salpica como un rocío blanco
Y el viento me enmaraña el cabello en la frente.
A mi espalda está el verde respaldo del barranco.
Y a mis pies el gran río de elástica corriente.*

*Rumores de la selva y rezongos del agua.
Y tal como una lepra sobre el dorso del río,*

*La mancha oblonga y negra que pinta la piragua,
En la fresca penumbra del recodo sombrío.*

*No medito, no sueño, no anhelo, estoy ligera
De todo pensamiento y de toda quimera.
Soy en este momento la hembra primitiva*

*Atenta sólo al grave problema de su cena,
Y vigilo glotona, con un ansia instintiva,
El corcho que se mece sobre el agua serena.*

Y cómo con la trivialidad de un motivo cotidiano,
ha dado una bella nota de ingenuidad:

LA ENREDADERA

*Por el molino del huerto
Ascende una enredadera.
El esqueleto de hierro
Va a tener un chal de seda:*

*Ahora verde, azul más tarde
Cuando llegue el mes de Enero
Y se abran las campanillas
Como puñados de cielo.*

*Alma mía: quién pudiera
Vestirte de enredaderas!*

“Raíz salvaje” abre una perspectiva más amplia a los horizontes que circundaban a “Las lenguas de diamante”, y si bien no hay en ella una superación de valores, existe una renovación de ideales, bien nítida, por donde puede columbrarse la firmeza de esta marcha ascendente de Juana de Ibarboura, que, sin plerarse servilmente a las tentaciones de las nuevas tendencias literarias, orilla los fáciles senderos y canta como un pájaro, libre de toda preocupación preceptista, los temas eternos del amor que reflorece cada día y de la naturaleza que se renueva con cada aurora.

JOSÉ PEREIRA RODRÍGUEZ.

SUGERENCIAS LITERARIAS

La melancolía de Pierre Loti

Pierre Loti ha publicado un libro de memorias de su primera juventud, que Paul Bourget recuerda con profunda emoción, en el que cuenta cómo se ha agotado, con obstinación pueril y desconsoladora, queriendo fijar con la imagen y la palabra, todo lo que pasa. "He intentado detener el tiempo, dice, reconstruir los aspectos borrosos, conservar las casas viejas, prolongar la vida de los árboles de savia extinguida, eternizar hasta las humildes cosas que no debían ser más que efímeras..."

Este afán incesante del artista, de traducir en belleza por el prodigio del arte y del ingenio, todo lo que logra levantar su espíritu o poner una inquietud en su corazón, es el dinamismo de su labor fecunda y creadora, que refleja, como sobre un inmenso fondo de verdad, el panorama múltiple de una hora histórica, la psicología impenetrable de un pueblo como de un hombre, el rasgo de un objeto como la evolución de un minuto dado en la humanidad. De otra manera no se concebiría la grandeza de las obras eternas y del arte inmortal. Razón tiene Loti para decir que en ese creador esfuerzo reconstructivo se va dejando lo mejor de la vida. Pero entregar al futuro la verdad del presente a costa de nuestras energías o dolores, es la más grande misión de los hombres. Porque apar-

te de legar en belleza lo que íntimamente cautivó nuestra vida, damos a la vida que llega, afebrada y ansiosa, como un abierto libro de enseñanzas para que en él pueda aprender a determinar sus sendas y a orientar sus impulsos avasalladores.

Consciente e inconscientemente, eso es lo que han hecho y hacen cuantos trabajan en tan noble desarrollo espiritual. En el fondo de toda inspiración, de toda idea, está la fuerza renovadora que guía los destinos del mundo. Las iniciativas son el producto de una larga experiencia, porque surgen para modificar o traer al medio otras fuerzas, otra acción que mejor encamine el paso de la humanidad. Tres factores impulsan en la renovación económica y moral de los pueblos. El Arte enseña y ennoblece; la Ciencia investiga y descubre. Pero sin la Política, sabiamente entendida, las enseñanzas del Arte y los descubrimientos de la Ciencia no encontrarían la aplicación necesaria a que están destinados. La Política es la potencia dirigente que dice a los hombres cómo han de vivir en sociedad mientras no se aparten de las leyes que dicta la Ciencia y no desdeñen la experiencia que del pasado nos presenta el Arte. Los renovadores—o mejor dicho, los revolucionarios—no quieren en principio otra cosa que la comprensión de esta armonía. Sus mayores esfuerzos tienden a ello. Por eso, todo reformador siente los arrebatos líricos del artista y tiene la lógica y la austeridad de un hombre de ciencia. No existe dilogía en sus atributos, porque su noción clara y profunda del desarrollo de la vida en su forma social o espiritual, está basada sobre la experiencia y la enseñanza, sin las cuales no es posible avanzar por el camino de las totales transformaciones.

“He querido detener el tiempo... y este vano esfuerzo de cada día habrá contribuido al gusto de mi

vida...".—En la melancolía de esta confesión, Loti no ha querido ver la recompensa de la obra, la misión de su esfuerzo. Tal vez más que el dolor del trabajo, al que fué entregando sus energías, su juventud, su existencia toda, lo que siente es la tristeza de la llama de una vida que se apaga para siempre. No es que se quiera detener al tiempo. Lo que se quiere es perpetuar una época, perpetuarla en una obra, sin atacar las leyes de la Energética. Y no es vano ni lamentable todo lo que se emplee en ello. ¿Acaso nuestra vida podría durar más si la inmovilidad la detuviera ante la palpitación poderosa de la naturaleza? Etnoblecer lo presente, reflejarlo en lo venidero, enseñar al mundo! He ahí la gran misión. La historia de los pueblos, en sus manifestaciones superiores, no es más que una suntuosa galería panorámica. Cuando queramos revivir un hecho, vamos hacia el paisaje que nos lo representa. Sólo así se retiene todo lo que pasa. Y la labor empleada en ello no será vana ni nos agotará. Tal vez el artista, compenetrado de que su obra ha concluído, sienta el intenso dolor de llegar, de que hablara Rodín. Entonces tendrá razón de ser la melancolía que se desprende de las páginas del libro de Loti. Aquella inquietud que nos estremecé en todos los minutos, hora tras hora, por ir plasmando en el mármol o traduciendo al libro una imagen que se levanta frente a nuestras pupilas con la gracia triunfal de su belleza. Inquietud es ésta que no se aleja del artista hasta que la muerte no ensombrece sus horizontes. Inquietud y avidez, como atributos de una eterna juventud espiritual, que no dejan de acicatear su numen creador. Por eso Rodín, que había hablado del dolor de llegar, sintió hasta en sus últimas horas la fiebre de su fantasía exaltada y poderosa, donde aleteaba el genio. Pero Rodín llevó a la tumba, sin verlo realizado, su sueño más hermoso...

MAL ESTUDIANTE

I

ABATIMIENTO DE OTOÑO

Los libros cerrados.

El cerebro hueco.

El corazón seco.

Los dedos helados.

*Y, estoy triste, tan triste que: contemplando el cauce
de los días que pasan, sin atinar a hacer
nada, me doblo como lánguido sauce
a mirarlo correr.*

II

CAMPANAS

*Oh campanas de víspera de fiesta,
qué bien sonáis para los estudiantes!*

*Cuando el sonoro júbilo de bronce
disipa la modorra de la clase:
la esperanza acentúa las sonrisas
y soñamos que pasan por la calle
las muchachas del pueblo
tocando en la ventana los cristales.*

*Oh campanas de víspera de fiesta,
buenas amigas de los estudiantes:
vuestra voz es palabra de optimismo
que debiera' sonar todas las tardes.*

III

ISABEL

*Pródiga en espinas y mezquina en rosas,
Isabel—la pobre!—tenía unas cosas...*

*Cuando yo evocaba divinos poetas,
contaba ella puntos tejiendo carpetas;*

*Y si le pedía vino de su viña
alardeaba honesta condición de niña.*

*Más que en sus encantos fíaba en San Antonio
y guardaba todo para el matrimonio.*

IV

DELIA

*Pasas...
El moño azul de tu trenza
semeja una mariposa
preñada a un rayo de sol.*

V

MARY

*Anticipándote a la primavera
floreces el invierno agonizante.
Más que de sol, Septiembre está brillante
del oro puro de tu cabellera.*

VI

VISPERA DE EXAMENES

*La lámpara cansada
vela con firme empeño
como una mirada
de ojos con sueños.*

*El reloj da la media
de las cuatro. En la huerta vecina
la noria remedia
la seguía; su rosario
largamente rechina
y al volcar el primer cangilón
inaugura su trabajo diario
con una canción.*

*De mi último esfuerzo hundo la espuela
a mi atención indócil,
sobre un libro de Nísil
preceptiva poética de Oyuela.*

VII

DESPERTAR DE VACACIONES

Qué mañana pura!

*Cielo hasta en el ojo
de la cerrajería.*

LUIS CANÉ MALMERCA.

EDUCACIÓN

El maestro

A la memoria de la insigne educacionista
María Saguero de Muesar.

Las multitudes humanas se han movido, desde el principio de los tiempos, a la orden del jefe, cacique, rey, emperador o general de los ejércitos y a la del profeta o maestro.

Parece que fuera de los instintos que lo impulsan hacia finalidades desconocidas, el que se ha titulado soberano de la creación, tuviera necesidad de seguir, con la misma inconsciencia del instinto, el camino que le señalan algunos individuos privilegiados, que conocen a ciegas la meta, más allá del límite alcanzado por la mirada común, o tienen potencia visual más amplia para distinguir la distancia remota, descubriendo las tortuosidades, los escollos, las sendas abiertas, los abrojos y las flores.

Moisés y David entre los hebreos, como Ciro entre los persas, como Alejandro entre los griegos, fueron lo que debió ser Caupolicán entre los araucanos, Zapicán entre los charrúas: espíritus dotados de un poder hipnótico que lograba el orden de las agrupaciones, su arrastre hacia un punto dado, adormeciendo rebeldías.

Jesús y Mahoma en tierras sagradas, Sócrates y Platón en las helenas, Cicerón y Arquímedes en las

itálicas, predicadores de fe como Lutero, de ciencia como Galileo, iluminados del arte como Miguel Angel, arrebatados por la gloria como Colón, al atraer a los hombres, por el contrario, los despertaban del sueño en que los había sumido el mandatario.

Así, unas veces al empuje de fuerzas exteriores, otras al impulso de energías propias, iluminadas y dirigidas, la humanidad ha marchado.

Poco a poco, al abrirse el pensamiento, como un capullo, a la influencia de la luz y del amor, en cada alma surge la belleza de un sello propio; pero a la vez que aparecen voluntades e inteligencias independientes, las ideas se van enlazando en la trama sutil de la entidad social, como se forma un organismo con células de funciones propias, que no obstante responden a las necesidades del ser en cuya contextura están comprendidas.

El jefe se va disolviendo en esa trama y el maestro se multiplica.

A medida que los poderes centrales pierden su violencia, el dominio de los que saben más, distribuido en formas variadas y en tiempos continuos, tiende a dejar libre la acción de la individualidad; pero mientras ella no sea capaz de desenvolverse espontáneamente, sin perturbar las funciones complejas del conjunto, la verdad, el amor y el carácter, necesitan imponerse, con algo que lleve en las ondas de luz y en las vibraciones del aire, ese poder de atracción que tienen los soles para mantener armoniosa, la combinación magnífica de las órbitas estelares.

Los maestros que dejaron visible el rastro de su obra, ¿acaso hubieran podido actuar en abierta oposición con los que tenían aguerridos soldados a sus órdenes y llevaban el cuerpo protegido por fuerte armadura, recorriendo como lo hacían, calles y campos a pie, humildemente vestidos, si no los hubiera amparado el poder magnético del gesto y de la palabra?

Aristóteles se hizo dueño de Alejandro, Arquímides de Hierón. Músicos de modesto origen, sabios sencillos, tuvieron entrada en los palacios mientras predicaban verdades y entonaban himnos a la libertad, unas veces con sátira amarga, otras con énfasis sonoro.

Si el Louvre, las Tullerías y Versalles, los alcázares imperiales de Berlín, Viena, Petrogrado y Moscú, hoy son pisados por el pueblo que dulcifica sus rencores, contemplando las bellezas que se encierran en la suntuosidad formada con el dolor de muchas generaciones, es porque los maestros que propagaron doctrinas, también tuvieron el poder de subyugar.

José Pedro Varela debió el éxito a ese don, tanto como a su argumentación irrefutable.

Cuentan que un día se presentó en la sala del gobernador, ocultando un arma, para defender su vida contra la probable violencia de una orden del mandatario: tan duro era lo que debía decir a quien disponía de la fuerza armada.

No obstante, nada grave pasó en aquella estancia. El dictador no oscureció el ceño ni llamó a la guardia. Hubo acatamiento; pero del gobernante al gobernado.

En una de sus notables conferencias, dijo el doctor Vaz Ferreira, tratando la discutida cuestión de valores intelectuales del hombre y de la mujer, que la diferencia más característica está quizá en la capacidad que aquél tiene y ésta no ha revelado todavía, para marcar rumbos nuevos a una época.

Cuando eso oí, me hallaba impresionada por la pérdida de la maestra cuyo nombre deberá escribir con letras de oro, la historia de la escuela uruguaya: María Stagnero de Munar.

Inmediatamente surgió en mi espíritu la imagen de quien acababa de recibir un imponente homenaje al hundirse en el seno de la muerte. Vi de nuevo la inmen-

sa sala del Instituto Normal de Señoritas, donde, junto al féretro había desfilado un pueblo formando guardia compacta, y vi a ese pueblo, constituido por altas autoridades, representantes de la intelectualidad en todos los radios de vida nacional, incluyendo el de un macizo grupo femenino, llenar las calles en silenciosa columna, que, a pesar de sorprender por lo inusitada y grandiosa, no daba la medida de toda la tristeza que se sentía en aquel momento, porque el correo y el telégrafo no agregaban su expresión elocuente, como lo hacían en el hogar de la familia de la extinta, mostrando que toda la República, desde el rincón más apartado de sus límites, hasta el interior, donde en solitaria loma, la escuela rural tremola su bandera, comprendía la trascendencia de la obra realizada por la mujer que acababa de pasar al reino insondable de la eternidad.

Esa revelación del sentimiento público, tenía mayor significado, porque María Stagnero de Munar nunca ostentó méritos ni soñó grandezas. Apenas se la vió fuera de la casa donde prodigaba sus enseñanzas, mientras ejerció el profesorado, y contados fueron los días en que salió de su retiro durante los diez últimos años.

Las palabras del doctor Vaz Ferreira me obligaron a comparar la influencia que habrán tenido en la evolución social del Uruguay, esos dos maestros: José Pedro Varela y María Stagnero de Munar.

Me esforcé por verla en épocas venideras, con la serenidad de la distancia, y dije para mí: ¡Es verdad! El hombre guía el destino del pueblo con la luz de ideas generales, abstractas; la mujer, con obras concretas, realizadas. El progreso necesita la acción combinada en armonía, del principio y de la aplicación, del esbozo y del detalle.

El ideal sin encarnación es una quimera; lo individual, sin conexión, es un grano de arena que el vien-

que lleva al acaso, una gota de agua que ni apaga a la sed ni forma el jugo de la savia.

La construcción arquitectónica que sorprende o con la armonía de las partes en un grandioso conjunto, antes de llegar a la minuciosa escultura que detiene la mirada absorta, ha de ser concebida y en esquema delineada. Los maravillosos labores del encaje que parece tejido por las hadas, tienen que ser diseñados en grandes líneas, a veces toscas, antes de pasar a la mano delicada que las labra.

La obra de la educación fué defectuosa y lo será, mientras lo general y lo particular no se encuentren enlazados en las debidas proporciones de medida y oportunidad, mientras no se reparta en ella, combinada debidamente, la acción del hombre y de la mujer.

Nuestra escuela, al buscar rumbos de acuerdo con la revolución sufrida por la enseñanza a mediados del siglo pasado, tuvo quien supiera romper con mano firme, las barreras que cerraban el paso y quien supiera conducir por ellos, inspirando fe y entusiasmo.

Los que debemos continuar dirigiendo la marcha por la educación de la infancia, tenemos el viaje preparado. En el camino abierto, los senderos no son tan ásperos. De vez en cuando, podemos sin temor, soltar la mano de los niños que siguen nuestros pasos.

ENRIQUETA COMTE Y RIQUEL.

DESOLACION DEL POBRE POETA SENTIMENTAL

I

*Por qué me dices poeta?
Si yo no soy poeta.
No soy sino un pequeño niño que llora.
Yes: no tengo sino lágrimas que ofrecer al Silencio.
¿Por qué me dices poeta?*

II

*Mis tristezas son pobres tristezas comunes.
Mis goces fueron simples,
tan simples que los confesaría con rubor.
Hoy yo pienso en morir.*

III

*Quiero morir, sólo por mi cansancio;
sólo porque los grandes ángeles
en las ventanas de las catedrales
me hacen temblar de amor y de angustia;
sólo porque ahora estoy
resiguado como un pobre espejo,
igual a un pobre espejo melancólico.
Yes, que yo no soy poeta:
soy un chiquillo triste con ganas de morir.*

IV

*Oh, no te maravilles de mi tristeza!
No me preguntes nada,
no sabría decirte más que frases vanas,*

Dios mío, tan vanas,
 que tendría que llorar cual si fuese a morir.
 Mis lágrimas parecerían
 desgranar un rosario de tristeza
 delante de mi alma siete veces doliente,
 pero yo no sería poeta;
 sería simplemente un dulce, pensativo niño,
 a quien diese por rezar, tal como canta o duerme.

V

Con el silencio, como con Jesús,
 diariamente comulgo.
 Los sacerdotes del silencio son los rumores;
 sin ellos yo no hubiera buscado, hallado a Dios.

VI

Esta noche he dormido con las manos en cruz.
 Me parece ser un pequeño y dulce niño
 olvidado de todos los humanos,
 pobre, tierna presa del primero a llegar;
 desearía ser vendido,
 ser golpeado,
 obligado a ayunar
 para poder ponerme a llorar solo, solo,
 desesperado y triste,
 en un ángulo oscuro.

VII

Yo amo la vida simple de las cosas.
 Cuántas pasiones vi deshojarse poco a poco,
 por cada cosa que se iba!
 Mas tú no me comprendes y sonríes,
 y piensas que estoy enfermo...

VIII

Y estoy realmente enfermo!
Y muero un poco cada día.
Lo ves: como las cosas.
No soy, pues, un poeta:
sé que para llamarme poeta corresponde
vivir muy otra vida!
Yo no sé, Dios mío, sino morir...
Amén.

SERGIO CORAGGINI.

(Pequeño libro inútil).
 Versión de Montiel Ballesteros.

Fino, aristocrático, fué un sutil poeta de la melancolía, sólo alterada a veces por la mueca trágica del sarcasmo. Murió en 1907, tísico, a los veinte años. Como este poema, amarga y dolorosa fué su vida. Juventud de oro, fugaz, triste, tuvo apenas tiempo de decirnos unas frases maravillosas, tiernas y profundas. ¡Cómo recuerda a nuestro Aguirrezábal, que murió niño!—M. B.

DE "LAS PROSAS FRIVOLAS"

(Fragmento de una carta a la Tía Leonor)

... por la famosa y tan esperada cacería de tatúes, que hicimos esta noche, pues Ademar encontró, al fin, una oportuna y vino con su perro, mentado seguidor de rastros.

Fué una cacería distinta de las ordinarias por los pertrechos y la estrategia. En vez de armas certeras y rápidas, las vulgares palas del quintero, y latas de kerosene transformadas en baldes destinados a inundaciones coercitivas, para los individuos rebeldes, que ganan el fondo de las cuevas.

Nada de ojos ni acechanzas; el éxito radica en la ciencia de los perros, y más que en esto, según yo oigo, en la gula infinita de los tatúes, a la cual sirve de incentivo la claridad lunar.

¡Cuál tatú podría desperdiciar su bauquete en noche tan deliciosa! ¡Cuál no vagaría un rato, soñador y descuidado, catando aquí y allá los finos pastos plateados por el rocío! ¡Sepa Dios qué rondas festivas y pantagruélicas organizan en el césped, bajo la placidez lunar!

Ademar nos ha hablado mucho de teorías perfectas y silenciosas, en las que ambulan plácidos los tatúes. mordisqueando esta pastura envidiable: su marcha es serena, su continente grave, y su convivir pacífico en la mancomunidad alimenticia; mas la menor inquietud, algún ladrido lejano o cualquier grito de

alarma, pone el desbande en la hueste, que se pierde por sus rutas laberínticas.

Competente y pausado, esta noche misma Ademar excitó nuestro asombro con sus crónicas doctas: para él no tienen misterio los tatúes; cada día acrece nuestra curiosidad con su eficaz penetración en la intimidad del roedor: llega a describir hora por hora su sencilla vida y conoce como a sus manos aquellos verrucos del campo empastados de la hierba fina y tierna que place al tatú regalón.

Oyéndolo expresarse con certidumbre y aplomo, un día y otro, la cacería había degenerado para mí en búsqueda trivial, pues no habría arduidad, ni atractivo de lo desconocido y azaroso. Toda eventualidad se anulaba ante la multiforme experiencia de Ademar. Y si bien columbraba aromas y succulencias de tatúes asados en la propia cáscara, chorreando grasa finísima, resultábame vulgar tal cacería, en verdad ordinaria matanza; como quien dice, una San Bartolomé de los tatúes. Y así le dije a Ademar, que ir con él, era como ir con un tatú algo distinto de formas, pero traidor, a sorprender los colegas.

¿Qué nos restaba hacer, apenas los descubriera el perro, sino estimarlos con ojo certero y elegir los superiores?

Con esta seguridad echamos a andar, cargados de pertrechos hortícolas y calzados de gruesas botas. Ademar a la cabeza de la expedición, contenía las impaciencias de su perro, el cual ya debería andar ventaneando cosas seguras, a juzgar por la inquietud. Juan y Dionisio seguían después, con más perros, y Tío Bento y yo, filósofos, cerrábamos la marcha, no poco fatigante por aquel lomo interminable y áspero de la cuchilla.



Desacostumbrada era para mí tal caminata con aquella luz: se me hacían dilatadas las dimensiones y variadas las formas: cambiaba la estructura de los peñascos y bosquetes: una quimera más se adueñaba de mí y suponía un vagar inusitado por paraje nunca conocido, donde algún tramoyista fantástico pusiera cosas raras y agradables, en vez de las zanjas y matorrales que yo conocía personalmente a fuerza de tanto pasearme a la luz del sol. Paisaje de quimeras, de dichosas quimeras. La luz de plata refulgía en el flechillal, inofensivo de húmedo, y quieto, como fundido en alguna substancia metálica y extraña. De la hondonada subía la voz del arroyo, rezongón e incomodado allá en su lecho de piedras. El monte se disfrazaba con misteriosas negruras hundiéndose en la sombra que proyectaba la loma. Casi no se veían estrellas. Apagados estaban los habituales ruidos y vagabundeaba mi espíritu por sepa Dios qué tierra alucinante, cuando el entreverado ladrar de la jauría me trajo si no del todo a la realidad circundante, cuando menos, y en seguida, al momento que debía vivir.

Un olor inconfundible percibí y con él toda pregunta era excusada: además, ya había perro huyendo mohino, mientras otro que fuera más atrevido refrigeraba algún ardor contra los pastos mojados: el de Ademar, ejemplar de cauteloso, ladraba frenético, sobre un altozano. Y cuando nos acercamos adonde el perro de Tío Bento seguía atacando, aún el zorrillo aguardaba en posición de defensa, dando menudos saltitos para conservar el frente, y recargando el aire con su miasma inaguantable. Lo venció un tiro certero: después ladró a lo lejos un zorro y las lechuzas vecinas cuchichearon su inquietud. Calmábanse

los perros sus quemaduras en la humedad de los pastos y esperamos silenciosos que el campo volviera a la calma apetecida para nuestro fin.

Luego Tío Bento dijo calmoso:

—Fuera bueno volvernos.

—¿Por qué?, moreno, repuso Ademar, posesionado en rigor de su misión directiva.

—Porque nos reventó el jediondo, arguyó Tío Bento, cundiendo su frase concisa pero expresiva, el desánimo latente en la expedición, ya un poco fastidiada por la caminata.

Pero Ademar estalló en una carcajada de arrogancia incomparable y con ella respondió a Tío Bento: suma de toda habilidad y experiencia cinética, aquella respuesta sarcástica nos hizo reaccionar, pues fué certera a tocar nuestras desconfianzas: desapareció cualquier temor sobre el olfato entorpecido de los perros y echamos a andar en seguimiento de Ademar, quien ya estaba sobre la ruta fructuosa.

Ignoro cuánto anduvimos. Yo, por suerte, muy pronto volví al ensueño que antes me aliviara el fastidio de la cacería. Los tatúes no se presentaban y la caravana erraba sin tregua.

Cruzamos varias veces el arroyo, interrumpimos el tranquilo rumiado de las ovejas, alborotamos los tranquilos huéspedes del monte: y en posturas humanas y bestiales ascendimos el cerro de la laguna por la escarpa que en el día nos parece inexpugnable.

Recuerdo esas partes principales de nuestra desventura, pero se confunde en mi recuerdo lo demás; por dónde y cuánto y cómo anduvimos: recuerdo que a veces un tenaz olor de menta embargaba mi sensorio; recuerdo que en cierto instante vi la Cruz del Sur tendida como para descansar sobre la loma de don Dionisio; recuerdo que también la vi en vertica-

lidad sospechosa, desplomándose en la techumbre misma de Rama Seca, y no recuerdo más, porque mi espíritu erraba en un mundo extravagante. La luz nocturna quitaba al paisaje todo aspecto habitual y permanente; pocas tintas simples que apenas insisten en la visual deleitada, dejan los contornos y horizontes en suave y agradable indecisión.

Por esa esfumadura de lo visible comienza el espíritu a dislocarse; se pierde aquella realidad y se adquiere otra de situaciones cambiantes y fugitivas; el campo visual se transforma y decora de nuevo a cualquier desplazamiento; aparece un mundo caprichoso y efímero en cada vez, un mundo de brumas o de claridades tiernas, de florás suntuosas, de mares resplandecientes en los cuales emergen islas que siempre parecen próximas y que sin embargo siempre son distantes. Es un mundo en el que no resta de físico sino aquello por donde nosotros lo percibimos. Todos son

valores psíquicos y emotivos: así nuestra alma está con él identificada o acorde, emocionada, vibrando con vibraciones venidas de la entraña misma del paisaje, por una atmósfera enternecedora, llena de hechizo y de gracia.

. . .

¡Y los tatúes, dirá la Tía Leonor, cuando llegue a este punto en la carta del sobrino alucinado?

¡Ay! Los tatúes se perdieron, como en mi escrito: ni una sola de esas bolas de azabache pudimos ver en nuestra insólita cacería. Los perros concluyeron por ser indiferentes a todo rastro y nos seguían cansinos; continuábamos todavía revisando el trebolarse de la chacra vieja; nos unía un silencio característico, suma de flojera y desengaño, que Tío Bento interrumpió, taimadamente:

—Nos reventó el jediondo, volvió a decir.

Ademar ya no tuvo arrogancias para el negro socarrón.

—Porque habla al cuete, moreno, le dijo, con voz pausada; era la cual nosotros husmeamos invencible abatimiento. Y este estado moral del cabecilla y experto de nuestra expedición, hizo estallar el desánimo acrecido en nuestros pechos. En parecer unánime se acordó el retorno, y volvimos, cargando nuestras latas y nuestras palas, como unos Sísifos modernizados y ridículos, pagando imaginarios latrocinios.

¡Quedáronse los tatúes en sus jugosos pastizales, gozando el blando aliento de la noche, y el silencio límpido, y la luz esplendorosa de la luna! ¡Quedáronse, parsimoniosos como son, gozando sin inquietud su libertad en la cueva protectora, y su arquitectura nerviosa no nos tendrá insomnes!

Yo pago en cruel desasosiego la iniquidad de perseguirlos: el cansancio ha rebelado mis nervios: ya canta algún gallo madrugero y el cielo se arrebola y no vienen ni la quietud ni el sueño...

Tía, ¡quién fuera tatú!...

EMILIO SAMTEL.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Elogios y Poemas Marinos—Versos por Carlos Sabat Ercaaty. — Montevideo.—1922.

Integran este libro una serie de poemas superiores por su fuerza varonil, la exactitud del retrato y la justeza y modernidad de las imágenes.

“La Doma” es un poema de valores descriptivos pocas veces alcanzado en poesía. No ha sido capaz la prosa, a pesar de su superioridad para tratar estos temas, por su elasticidad y su libre imperio, de darnos una impresión tan real y completa de ese episodio bárbaro.

El autor ha sabido dominar su natural exorbitancia lírica, reaccionando, además, de su amor excesivo a la libertad, dos cosas que, si bien no menguaban los valores absolutos de su poesía; conspiraban contra la nitidez de la impresión estética, un tanto oculta por el follaje de la frondosidad.

Estas dos modalidades son, a nuestro juicio, las que caracterizan el nuevo libro del poeta de Pantheos: cierta contramarcha hacia la disciplina clásica y cierta inclinación al vigor sintético y a buscar la lírica recta emocional.

Por lo demás, es la misma alma intensa, esencialmente dinámica, subyugada por las fuerzas del instinto, y panteísta, que cantara “Los Poemas del Hombre”.

El poeta antepone al amor florecido en los jardines del espíritu, el que nace por el imperio del sexo; y no, naturalmente, por exaltación lujuriosa sino por la fuerza estética y el dinamismo del ímpetu.

Fruto de este concepto son los poemas “El Toro”, “El Potro” y “La Hija del Mar”, en donde vemos al poeta mismo arrojarse “como un héroe solar tras los combates ebrios, los amores rápidos y los ágiles raptos”, y poseerla sobre la cándida marina, sin más razón que la de su ardiente piratería.

Y no es que sea—lo repetimos—Sabat Ercaaty un poeta sensual y mucho menos fauneco, sino un fascinado por todas las manifestaciones activas y grávidas de vida, entre las cuales la fuerza ocupa un lugar primordial. Podría compadecer, por ejemplo, al buey, manso bajo el peso de su tragedia eunuca, y, sin embargo, exalta

su destino porque tiene "la gracia feliz de ser una fuerza toda nupcial y tibia, en virtud de la cual fertiliza la tierra con el trigo."

"La Muerte de la Oreja" es una excepción dentro de la arquitectura general del libro. Hay allí una honda melancolía, notablemente desarrollada en una especie de crecimientos poemáticos que llegan a adquirir, al tratar el tema principal, un poder emocional de soberbia y grandiosa intensidad. Este poema es, a nuestro juicio, una de las más ricas joyas de nuestra literatura lírica. Y, va sin decir, lo mejor del libro. Es que, ya lo afirmaba Poe, no hay nada perdurable en poesía, si no viene de la amargura y el dolor.—J. M. D.

La luna, el alma y la amada.—Intermezzo lírico.—Por Xavier Bóveda.—Espada.

"Que la palabra no esclavice nunca a la emoción, sino la emoción a la palabra. He aquí la única estética de este libro." Con arreglo a esta norma, puesta en el prólogo del libro, el autor nos dice en plena libertad, aunque sin llegar a los laberintos del "ultra", sus inquietudes subjetivas.

No hay duda que Bóveda es un poeta; la mayor parte de sus cantos están impregnados de un aroma sutil y franco que se adentra sin esfuerzo en el ánimo, si bien sin estremecerlo profundamente. Y esto, porque él autor paga también su tributo a la dolencia poética contemporánea y se complace en decirnos desos y dolores demasiado infantiles y epidémicos.—J. M. D.

Baile y Filosofía.—Por Roberto Gache.—Buenos Aires.—1922.

La personalidad del autor del "Glosario de la farsa urbana" se agiganta después de la publicación de "Baile y Filosofía". Es necesario considerar, pues, a Roberto Gache como un gran escritor. En páginas breves, que son un dechado de perfección formal, hace comentarios tan ingeniosamente irónicos como éstos: "El desnudo nace de una comparación; el término de la comparación es el vestido. El vestido es, así, el punto de partida de la moralidad." O esto otro, que parece brotado de la pluma de Azorín, del Azorín de los mejores tiempos: "¿Por qué nos inquietan, por qué nos angustian estos leves vestidos de ahora, ligeros y redondos como la carne que esconden? Nuestra inquietud es la inquietud de la espera. Mal vuelta en la tela escasa, ilusoria, transparente, cada mujer que pasa a nuestro lado es una promesa más en nuestra vida. Y nuestra vida, así, es nada más que una larga, que una interminable espera."

Todo el libro rebosa fina espiritualidad. No hay cuidado que un párrafo o una frase nos arranque una carcajada. Pero sonreír sí: sonreiremos desde el principio hasta el final, sorprendidos por la gracia mesurada y culta, por el razonamiento paradójico, por la ironía anatolésca que brota suave, como el penetrante perfume de una flor.

Roberto Gache, que tan considerable éxito lograra con el "Glo-

sario de la farsa urbana", realizó grandes progresos en estos últimos tiempos. Es un escritor que ha llegado a la culminación, porque domina su oficio plenamente, y porque ha conseguido una cultura envidiable. Con esto se alza su distinción innata, la benevolencia indulgente de su espíritu que, como en France, lo perdona todo porque lo comprende todo.

"Balle y Filosofía" es libro de matices, de finos matices, interesante, ameno, pintoresco, que viene a probarnos cómo la cultura foránea ha reflejado triunfal en el Río de la Plata, dándonos esa flor refinada que brotó, en Francia, en los jardines de Rabelais y Monsieur Bergeret.—V. A. S.

Napoléon et L'Amérique Espagnole.—Paris.—1922.

Con motivo del centenario de Napoleón no ha mucho celebrado, nuestro conocido historiador Hugo D. Barbagelata ha condensado en apretadas páginas un substancioso estudio de conjunto sobre la influencia y repercusión que en la antigua América Española tuvieron las actividades de aquel hombre de excepción que fué Napoleón Bonaparte.

Este trabajo de síntesis, aparecido originariamente en la "Revue Franco-Amériquo Latine" (número de mayo-agosto de 1921), ha sido reeditado posteriormente en folleto que su autor ha hecho llegar amablemente a "Pegaso".

La lectura reafirma una vez más los sólidos prestigios que como historiador ha tiempo ostenta el mencionado compatriota, lameudándose tan sólo que el estrecho límite de su texto haya impedido desarrollar con amplitud la erudición y el acertado comentario que denota al tratar temas tan interesantes como la misión del marqués de Sannonay al Plata.

Experto conocedor de los archivos de Lutecia—como se reveló con la documentación presentada en su notable libro sobre Artigas—Barbagelata nos habla del emisario enviado a Liniers, aportando juicios y datos de importancia que, sumados a las noticias que nos suministra Villanueva en "La Monarquía en América: Bolívar y San Martín", acerca de la misión Le Moyne, esclarece no poco las gestiones diplomáticas emprendidas por Francia en el Río de la Plata en los primeros años del siglo pasado.

La influencia que la actuación de Napoleón en Europa tuvo en las colonias de América, es una cosa indiscutible, y como tal, reconocida por todos cuantos se han dedicado a estudiar las causas que generaron los decisivos movimientos de rebelión, las ansias de independencia sudamericanas. Barbagelata, esquemáticamente, examina con hábil gesto de observador la cuantía de esta influencia, y conocedor como pocos del ambiente colonial, da la medida de sus efectos en claras y acertadas conclusiones.

Demuestra — en un noble propósito de vulgarización — que las causas de la insurrección no radicaron en intereses puramente materiales, puesto que las ideas jugaron un papel casi decisivo en el

pronunciamento, anotando con verdad y en justicia, que en parte ellas fueron sugeridas por los sucesos franceses de 1789 en primer lugar, y por las andanzas en Iberia del arriesgado capitán corso después.

La idea de sacudir el pesado arreo de Castilla era cosa vieja ya en 1809, en el espíritu de nuestros próceres, hombres de pensamiento en su mayor parte, que prepararon el espíritu de las masas, actuando oscura pero notablemente durante los prodromos de la independencia. Sólo faltaba el pretexto, y éste llegó en hora oportuna a campo propicio, cuando Napoleón penetró a España en invasión arrolladora, trastornando hasta sus quiebras, el andamio político de la península.

En esa hora solemne de nuestro pasado, los ideólogos patriotas dieron franco paso a la fuerza ejecutiva, a los que a poco serían invictos guerreros. En 'ese grave instante de la historia de América, surgieron notables hombres de acción que, empujando con pulso sereno y levantado ánimo las espadas forjadas en el silencio de la opresión, se cubrieron de gloria cosechando laureles y creando nacionalidades: fué el principio de la época que reveló a los asombrados españoles el genio de un Bolívar, el sacrificio y la clarividencia de un Artigas, el valor y la austeridad de un Sucre, el aliento y la perseverancia de un San Martín...

Barbagelata no necesita voces de aliento para que perseveré en la noble tarea que llena sus horas de historiador. Su patriotismo y la propia conciencia de su valimiento son factores que mantienen latente en su espíritu esa vocación, pero es el caso que debe deplorarse su poca fecundidad bibliográfica.

Sus conocimientos sobre el tema, su ponderado criterio y la valiosa documentación inédita que tiene a su alcance en los archivos de París, lo habilitan en forma extraordinaria para producir trabajos fundamentales. Por tanto, esa situación privilegiada le crea un compromiso — perentorio y grave — que debe atender; y si no le es posible es aconsejable para dar cima a la tarea, débesele recordar con presteza el interés con que sus estudiosos compatriotas esperan zicmure sus producciones sobre historia patria.

En consecuencia, si defrauda la esperanza, su infecundidad y su silencio son imperdonables.—H. A.

Agreste.—Novela de Domingo A. Caillava.—Editorial "Pegaso".—1922.

No puede silenciarse este esfuerzo, sin duda honesto, de un escritor más conocedor del ambiente que del "metier" del oficio. Como Caillava es joven, cabe esperar de su inteligente consecuencia una mayor perfección. La novela, sin duda, es un género muy difícil. Sólo su técnica reclama ejercicios mentales prolongados.

Domingo A. Caillava, con la fe que le dan sus propios entusiasmos juveniles, se ha dejado guiar por el instinto y, a pesar de ciertas ingenuidades que se notan en el desarrollo de la fábula, ha con-

seguido dejarnos un libro, que si dista de ser perfecto, de acuerdo con los cánones que acostumbramos a regir el arduo género, da, en cambio, la impresión de algo vivo y fuerte, con esa fortaleza de la flora indígena que crece en las vertientes de las más ásperas sierras uruguayas.

Cabe esperar que se supere, en obras posteriores, el pintor y, sobre todo, el psicólogo, quien apenas si quiso—o pudo,—ahora, abocetar los tipos. Tampoco lo preocupó mucho la elección de argumento. Su obra es un ensayo. Pero supera, en varios aspectos, el conjunto de cuentos que encará hace algún tiempo en su volumen primigenio "Sierras y Llanuras". ¿Por qué no esperar, pues, un nuevo y decisivo paso hacia adelante?...

Por lo pronto, lleva una ventaja a la mayoría de nuestros escritores que escriben sobre temas de campo. No conoce la vida rural... por el olfato, como "visitante"; ha vivido mucho en el campo y ha penetrado, sin esfuerzo, en el hondo drama de la existencia gaucha. "Agreste" lo prueba. Mucho de lo que en esta breve novela vemos, trasciende a la historia, tiene el sentido hondo y trágico de los hechos. Falla un poco la selección de episodios y, sobre todo, el arte de desarrollarlos: explotación efectista, si se quiere, de las situaciones.

Pero todo cuanto échase de menos en el nuevo libro que la Cooperativa Editorial "Pegaso": acaba de prohibir, son cosas que se logran. Talento es paciencia, dilesnia Flaubert. Nos place, antes que nada, en el joven escritor uruguayo, su tendencia criollista, el anhelo de hacer arte típico, netamente americano. Ya somos varios los que propendemos a esa. Celebremos la incorporación de Domingo A. Caillava al pequeño grupo de los nuevos costumbristas.—V. A. S.

Evolució de la poesia catalana. — Por Juan Arus. — Barcelona. — 1922.

Es necesario leer este breve, pero macizo volumen, para saber a ciencia cierta el camino triunfal por el que la poesia catalana ha ido ascendiendo. Verlaguer, Maragall, Camer hoy, son poetas célebres en el universo entero.

Veinte nombres más podrían citarse, que se aproximan a los nombrados en punto a luminosos. Esto se sabe. Pero ignorábamos los extranjeros (guiándonos al tanto las más de las veces), que el florecimiento poético catalán fuere de tal modo denso. Aun cuando esto no nos debiera extrañar, recordando que es Cataluña, tan febril y fabril, un vivero de artistas. El alma catalana, cálida, vehemente y vibrante, suele apasionarse por todo lo que es bello.

¿Cómo asombrarnos, pues, de las demostraciones de Joan Arus, en "Evolució de la poesia catalana", libro que es un verdadero estudio crítico, bien cimentado y sereno, sin nada que trascienda a chauvinismo?...—V. A. S.

"Delmira Agustini".—"Albert Samain".—"Fray Luis de León".
—Tomos de "Las mejores poesías de los mejores poetas".—Editorial Cerrantes.—Barcelona.—1922.

En la hermosa serie lírica que ha publicado la Editorial Cervantes, estos tres tomos nuevos vienen a agregar tres notas personalísimas en el parnaso universal.

Delmira Agustini es una de las primeras líricas del habla castellana moderna: su lirismo singular y único está destinado a una consagración cercana, que vendrá de Europa porque así conviene a los tiempos.

Alberto Samain tiene un lugar de privilegio en la fronda lírica francesa: es el poeta de la sensibilidad, de la delicadeza espiritual, de la hermosura de los sentidos.

Fray Luis de León, uno de los mayores poetas del mundo, llena toda la edad de oro de las letras hispánicas y es clásico ya en la literatura española.

Los tres tomos de selección no pueden concretar más altos valores, y su difusión se impondrá sola.—T. M.

Victoria Colonna. — Poema dramático de Moisés Kantor. — Buenos Aires.—1922.

El autor de "Griselda", obra celebrada por nosotros en estas mismas páginas, se impuso al ambicioso intento de llevar a la escena la figura ciclópea de ese genio artístico que se llamó en vida Miguel Ángel.

La realización del proyecto estaba llena de dificultades, porque, como se evita que el público no se defraude, al no hallar suficientemente magnificada una vida que hoy entrevemos entre una deslumbrante aureola de gloria...

Esto es el principal mérito, quizás, de "Victoria Colonna". Moisés Kantor, el estudioso intelectual, tan artista en esta clase de producciones, ha teatralizado un episodio de la vida de Miguel Ángel, y aunque dotándolo de carácter pseudohistórico, no le ha privado de humanidad. El carácter histórico (la acción acontece en Roma, entre los años 1539 y 1547), el carácter histórico—repetimos—también ha quedado bellamente impreso.

Moisés Kantor hace hablar a sus personajes en prosa, con un lenguaje nítido y armonioso, pero la obra tiene un prólogo en verso aconsonantado que acredita singulares dotes de rimador. Como se trata de un poema escénico, sugerido y evocador, fuera de pensar que lo representase alguna de las compañías dramáticas que actúan en el Plata.—V. A. S.

Al margen de la escena.—Por Jean Paul.—Buenos Aires.—1922.

"Escalios de estética teatral", llama el autor a los cinco estudios que dan base a su obra. Juan Pablo Echagüe es el crítico teatral argentino que más prestigio logró al tiempo que ejercía sus funciones, con la contracción, la honestidad y el decoro de un verdadero

seerdocio. Su pseudónimo de "Jean Paul" fué familiar en todos los círculos literarios de hace quince años. Al fin, logró romper la indiferencia de la masa, y hoy ha trascendido al gran público argentino.

En Montevideo—ciudad que Juan Pablo Echagüe suele visitar de incógnito—no hay una sola persona con afición al teatro—autor, actor, espectador—que no acate sus juicios.

Alejado del periodismo militante, no se resuelve a dar reposo a su pluma, tan bien cortada y docta. Y ha sucedido, al juicio del estremo, siempre apresurado (pero con "Jean Paul" siempre certero), el estudio sobre psicología teatral, urdido tras larga meditación y escrito en prosa elegante, elocvente y limada.

"La emoción estética en el teatro", "El teatro nacional", "Normas estéticas y morales", "El amor en el teatro" y "La moral en el teatro", son los cinco capítulos de "Al margen de la escena", obra que marca un gran progreso de aquel bizarro cronista que obtuvo su primer éxito juvenil con aquella obra que fué popularísima—lanzada por un editor español—y que se titulaba, si no recordamos mal, "Prosa de combate". El teatro rioplatense tiene con Echagüe—uno de sus mejores orientadores—deudas que algún día será preciso saldar.—V. A. S.

"Una noche terrible".—Cuentos.—Por A. P. Chejov.—Barcelona.—1922.

Notable por muchos conceptos esta compilación de los cuentos de Chejov que nos acaba de ofrecer la Editorial Cervantes.

Estudios de la vida rusa, grandes y sutiles rasgos de ese pueblo que caracterizan tan pronunciados rasgos trágicos y cómicos,—estos cuentos de Chejov reavivau toda nuestra simpatía hacia el gran escritor, y nos ponen en contacto con un mundo lleno de emociones, vibrando en el cuadro de una naturaleza extraordinaria.—T. M.

El enigma de las llamas azules.—Novela por Francisco Camba.—Madrid.—1922.

Siguiendo las huellas de Pierre Benoit en "Atlántida", y alejándose con talento de la imitación servil, aquel Camba que fué periodista (excelente periodista), en América, ha hecho una novela de aventuras (1) con el título de "El enigma de las llamas azules".

Imaginamos su éxito en España, lanzada por una publicación que circula tanto como "El libro popular". Nosotros — nos apresuramos a confesarlo — gustamos de ese género. Puestos a pasar al tiempo, es preferible el solaz que proporciona una lectura fácil e impresionante.

Hay críticos que se obstinan en exigirle a los autores obras maestras, de esas que le devorarian media vida al mismísimo Flaubert. Pero los Flaubert... no nacen todos los años, como los niños de las peñuelas, entre las hojas de un repollo. Flaubert, en Francia, con ser un país denso, sólo ha habido uno.

Para formar la colección completa del ~~...~~

demasiado a los artistas del otro siglo. Pensemos que todo evoluciona, y es justo que el arte evolucione también, aunque sea hacia el impresionismo.

Es posible que "El enigma de las Llamas azules" caiga en el olvido dentro de algunos años. El autor, para entonces, será el primero en no acordarse de su copiosa producción. Pero hoy sí. Hoy la novela de Camba se lee con verdadero gusto y vale más que centenares de libros aparecidos con pretensiones de obras definitivas.

El estilo de Camba es ágil, muy fúido y no poco elegante. Se ve que el autor de "El amigo Ohrel" odia la profusión. Camba escribe... lo preciso. Pero el lenguaje (domado en muchos años de ejercicio periodístico), le responde y la idea cabalga en la frase, como un jinete en su corcel, para dirigirse adonde hace falta.

Amante de su tierra—la buena tierra gallega—Camba describe a Vigo y sus costas con un entusiasmo contagioso. Dan ganas de ir a ver al aquello es así realmente. Una griega hermosísima y dos marinos ingleses impregnan de exotismo (en este caso original), la entretenida narración.—V. A. E.

Cortazarana.—Por Enrique Diosdado.—Buenos Aires.—1922.

No se destila en un volumen reducido la obra de un periodista, máxime cuando actuó en posición tan llena de exigencias como la dirección del gran diario que es "La Razón" de Buenos Aires. Mas correspondía captar, substrayéndolos a la fugacidad del existir del diario, los elementos que puedan sintetizar la actividad del periodista, la flexibilidad de su inteligencia, la hondura de su corazón, y al decir esto, se comprende también la amplitud de sus virtudes.

Se realiza muy contadas ocasiones esa póstuma justicia perdurable. La falange periodística renuncia a toda sanción cuanto más se identifica a la vastedad informativa del diario moderno. La impersonalidad de su labor no es adaptable al cultivo de las siemprevivas.

¡Y cuánto recuerdo merecen los que nos sirven cotidianamente esa suma de la actividad universal!



En el recopilador de estas páginas hallaron los méritos de Cortazarana el afectuoso interés que merecían. Cuando se puede examinar el resumen de tan intensa vida, se comprende cómo la carrera de ese hombre no fué obra de milagro, sino efecto de condiciones substantivas de la inteligencia y del carácter.



Noa resulta difícil encontrar el elogio supremo que responda a su labor y a su vida. Preferimos señalar la afeción dedicada a integrar el libro resumiendo ecos dispersos, reteniendo para los tiempos venideros ese índice pingüe: y creemos que la nobleza del colector, es el mejor trasunto de la causa que movió su intención.—V. A. E.